



El escritor que nunca se encerró en una torre de marfil

por Isabel Hernández

Quizá por su carácter discreto, el escritor alemán Siegfried Lenz es poco conocido en nuestra lengua. Sin embargo, escasas obras como la suya han apostado por una narrativa antibélica, crítica con la privación de la libertad humana y de un compromiso político clarificante.

Dos importantes centenarios, el del fallecimiento de Rainer Maria Rilke y el del nacimiento de Ingeborg Bachmann, han eclipsado este año otro no menos significativo: el del natalicio de Siegfried Lenz, una de las grandes voces de las letras alemanas del siglo xx.

Nacido en Lyck, ciudad situada en la antigua Prusia Oriental, la actual Elk polaca, Siegfried Lenz fue una de las voces más lúcidas de la literatura alemana de posguerra, en cuyo espacio literario convivió artística y políticamente con otros grandes de la talla de Günter Grass. Menos sensacionalista e incisivo que este, sin llegar tampoco a constituirse en conciencia de la nación como Heinrich Böll y sin la desbordante seguridad en sí mismo que caracterizó a Martin Walser, Lenz se movió siempre con la misma voluntad que ellos en el terreno político. Aunque es probable que su actitud serena y tranquila, al margen de los medios de comunicación y centrada exclusivamente en su literatura, le negara la popularidad más allá de las fronteras de lengua alemana, aun cuando una buena parte de su obra ha sido traducida a más de treinta lenguas, entre otras la nuestra.

Su experiencia como joven soldado durante la Segunda Guerra Mundial lo marcó profundamente y le impulsó a escribir una obra que abordó sin descanso la necesidad de una coexistencia pacífica, siempre con el sombrío pasado que le tocó vivir como telón de fondo. El ejemplo más llamativo fue seguramente *El desertor*, una novela claramente antibélica que Lenz concluyó en 1952 y que la editorial se

negó a publicar por motivos políticos. En ella narraba la historia de un soldado alemán que, en el frente oriental, duda cada vez más del sentido de la guerra hasta que, finalmente, decide desertar. Mucho de lo aquí narrado tiene carácter autobiográfico, pues él mismo en 1943 fue reclutado por la *Wehrmacht* tras obtener el bachillerato de emergencia y acabó desertando poco antes del final de la guerra. Sin un lugar al que poder dirigirse, vivió durante un tiempo escondido en un bosque de Dinamarca, hasta que los británicos lo atraparon y lo encerraron en un campo de prisioneros. Tras la negativa de la editorial, la novela quedó guardada en un cajón hasta 2016, cuando vio la luz apenas dos años después de la muerte del escritor.

Aunque la publicación en 1951 de su primera obra, *Azores en el aire*, le había dado una temprana fama que le permitió abandonar su trabajo como redactor en el periódico *Die Welt*, fue la obediencia ciega el tema que, núcleo de su *Lección de alemán* (1968) que fue un hito de la narrativa del siglo xx, lo convertiría en un escritor aclamado por los más diferentes sectores sociales. El estilo que Lenz había ido desarrollando en sus primeras obras, con un equilibrio perfectamente logrado entre un flujo narrativo desbordante y un vocabulario sencillo, se volvió el sello distintivo de su narrativa, por medio del cual demostró hasta el final que la literatura es, en realidad, una importante escuela de vida. Su compromiso social y político se hizo visible en 1970, cuando acompañó al canciller federal Willy Brandt en su visita de Estado a Varsovia y al campo de concentración de Auschwitz, y

estuvo a su lado cuando este se arrodilló ante el monumento a los judíos del gueto. Porque a Lenz siempre lo movió una decidida voluntad, presente en muchos de sus textos, de reconciliación con Polonia, el país al que, una vez finalizado el conflicto, pasó a pertenecer su amada tierra natal, tierra que ocupa en su obra un importante papel protagonista. El paisaje del norte de Alemania, amenazado siempre por la monocromía del nazismo que, aun finalizado el conflicto, seguía estando perennemente presente, es descrito con tal colorido y vivacidad que el lector fácilmente puede reconstruir en su mente un cuadro expresionista. Lenz puede conseguir este efecto gracias a su constante uso de la descripción, la cual, en lugar de dificultar y dilatar la trama, como bien podría ocurrir en cualquier novela, se convierte aquí en la protagonista que hace avanzar la acción con enorme maestría, pues despliega en ella todas sus posibilidades semánticas. Necesarios para mantener viva la memoria histórica, tanto los paisajes de Masuria como más tarde Hamburgo y, en general, la costa del mar del Norte, estos escenarios reaparecen constantemente en su obra y conforman en su totalidad un cuadro único de ese espacio nórdico del que Lenz disfrutó toda su vida. Y ello a pesar de que para él la patria no era más que un mero invento de la melancolía.

Aunque no dejó lugar a dudas sobre el lado en el que se situaba en los debates políticos, es cierto que en este terreno se mantuvo en límites discretos y no fue nunca tan enérgico como otros colegas; no obstante, su interés por la realidad del país permite que su obra pueda entenderse también como una de amplia magnitud política, pues abordó de forma intensa y continuada las consecuencias de la historia alemana, la posición de las víctimas frente a los verdugos, así como la responsabilidad de la conciencia frente al deber, hasta el punto de formular estas cuestiones con una precisión cuyo nivel no ha llegado a alcanzar ningún otro autor, lo que ha hecho que los lectores siempre hayan sabido ver en él a uno de los mayores cronistas de la posguerra alemana.

Su voluntad de asimilar y superar el pasado puede leerse no solo en otra de sus grandes novelas, *Museo local* (1978), sino también en sus numerosas colecciones de relatos. Pero la obra de Lenz es mucho más que todo esto. Es una obra de visiones y tiempos enfrentados, el de una Alemania que lucha por racionalizar y superar lo irracional y casi insuperable de su pasado y de su presente, una Alemania que podría leerse, sin embargo, como cualquier otro espacio geográfico, y que permite reflexionar sobre una cuestión que sigue siendo hoy, por desgracia, de rabiosa actualidad: la libertad y la privación de ella. Porque una de las lecciones más importantes de la obra de Lenz es que toda libertad (tanto la artística como la personal) es susceptible de ser arrebatada, cuando no se trata más que de una mera ilusión o de un engaño, autoimpuesto o impuesto por otros. Como en casi ninguna otra obra de un autor alemán, Lenz cuestiona una y otra vez este asunto de radical importancia para

la supervivencia, pues para él la democracia y la libertad se basan precisamente en la disposición de cada individuo para interrogar a la autoridad y asumir responsabilidades.

En relación directa con la privación de libertad, así como con los espacios de su Masuria natal, se encuentra también otra de las importantes cuestiones sobre las que Lenz, un gran amante de la naturaleza, alerta en su obra y con la que se convirtió en un precursor de la defensa del medio ambiente ante su creciente destrucción. Por su protección abogó directamente en el discurso que pronunció en 1988 con motivo de la entrega del Premio de la Paz de los librerías alemanes, apelando a las autoridades allí presentes, con una frase que parecería escrita hoy mismo por cualquier defensor del entorno medioambiental: “El calentamiento del clima terrestre provocará la expansión de los desiertos, el deshielo de los casquetes polares y un aumento del nivel de los mares tal que países enteros quedarán inundados. Ya ni siquiera hace falta mucha imaginación para imaginarse la Tierra sin vida.” Las continuas contradicciones entre la economía y la protección del medio que plasmó en sus textos lo llevaron a exponer con rotundidad la única salida posible a la impasibilidad de los responsables políticos: “Si los representantes de los gobiernos no se muestran preocupados por nuestras vidas, tenemos la legitimidad para actuar por nuestra cuenta.”

Esta advertencia insistente y continua sobre la catástrofe climática es solo un ejemplo más del compromiso político y la clarividencia de Lenz, un escritor que nunca optó por recluirse en una torre de marfil, y que, desde sus paisajes del norte, supo cuestionar las estructuras sociales y transmitir a sus lectores que la memoria y el cambio eran necesarios, dotando así a su obra de una decidida atemporalidad, en tanto que los conceptos de culpa, deber y obediencia, descritos en escenarios en los que uno puede reconocerse hoy en día, no han dejado de mantener, sino aumentar, su relevancia en nuestro mundo globalizado.

Durante sus últimos años de vida, aquejado por diversos problemas de salud que lo confinaron a una silla de ruedas hasta su fallecimiento en 2014, Lenz amplió su espectro temático con cuestiones igualmente relevantes como el dolor, el envejecimiento o el deterioro, no solo del individuo, sino también de la cultura y la naturaleza.

Ciudadano honorífico de Schleswig-Holstein, de Hamburgo y de su ciudad natal, Siegfried Lenz recibió numerosos premios por su obra, entre ellos el Premio Goethe de la ciudad de Frankfurt y el Premio Lew Kopelew de la Paz y los Derechos Humanos. Para el narrador que había perdido su tierra natal escribir era “una buena forma de comprender a las personas, sus traumas y sus conflictos”. Tal vez por eso nunca reconoció más patria que la escritura. ~

ISABEL HERNÁNDEZ es profesora de literatura alemana en la Universidad Complutense de Madrid.